

el nombre del Señor así en las tribulaciones como en las prosperidades, y oirémos en la hora de la muerte, de boca de nuestro compasivo Padre, Juez y justo Remunerador: "En verdad te digo, hoy estarás conmigo en el paraíso."

ASÍ SEA.

SERMON

SOBRE LA

TERCERA PALABRA QUE PRONUNCIÓ JESUCRISTO

EN LA CRUZ

Ecce filius tuus. . . ecce Mater tua.
"He ahí a tu hijo . . . he ahí a tu Madre."
S. Juan, Cap. XIX, v. 27.

Ved aquí, señores, en dos palabras propuestos por Jesus grandes misterios, y franqueados extraordinarios medios de salud espiritual al hombre. Ellos brillan como astros luminosos en el hermoso cielo de la augusta cualidad de María Madre de Dios, considerada aun como Madre de los fieles; ellos reflejan en estos como en un espejo su agradable claridad, merced á la dichosa tutela de hijos adoptivos de tan tierna Madre. Nos seria muy extraño que el Redentor la designe en la Cruz con el nombre de mujer y no con el de madre, si no supiéramos que siempre ha sido llamada por él mismo en las Sagradas Escrituras con tal nombre. Así como Jesucristo siempre

se llamaba á sí mismo Hijo del hombre, por haber sido prometido al primer hombre, así también María fué conocida desde el principio del mundo por la mujer que habia de quebrantar la cabeza á la serpiente. Ya habia pedido nuestro Amabilísimo Bienhechor, pendiente del madero, el perdon para sus enemigos; ya habia decretado en él como en un tribunal, la sentencia del reino á favor del Ladron arrepentido. Le restaba todavía encomendar á María el piadoso legado de Juan, y dejarlo consignado á la posteridad en la inimitable plana de su Testamento eterno; "le restaba todavía diferir la salud pública, como dice San Ambrosio, para no dejar deshonrada á su amante Madre." Fijando, pues, en ella sus ojos casi apagados, y señalando á Juan, abre sus labios palpitantes, y la dice con voces esforzadas y respetuosas: "Mujer, hé ahí á tu hijo." Y volviendo un poco su cabeza llagada y dolorida hácia el discípulo amado, añade: "Hé ahí á tu Madre."

Pero María que comparaba en su corazon todas las palabras de Jesucristo, ¡cómo no sentiria en sí el mas vehemente dolor, al subrogarle un hijo extraño su mismo Hijo natural! Por eso exclama San Bernardo: "¡Oh palabras penetrantes mas que una agudísima espada! ¡Cómo no habian de traspasar el alma de mi Señora, cuando solo el recordarlas quebranta mi corazon de compasion y de lástima, aunque sea mas duro que piedra! ¡Cómo no habia de sentir la pena mas viva y mas amarga, al ver que antes de la muerte del Hijo, quedaba ya sin él, y que se le daba Juan en su lugar, el siervo por el Señor, el discípulo por el Maestro, el hijo del Zebedeo por el Hijo de Dios vi-

vo, una pura criatura por el Criador de los cielos y de la tierra! ¡Oh commutacion! Entonces, pues, recibió en su bendita alma la herida mas profunda, entonces la abrasó con todas sus fuerzas el fuego de la tribulacion." Sin embargo, sumergida como estaba en un piélagó de penas, ¡creeriais, cristianos, que desatenderia al hijo adoptivo! No por cierto; antes bien al punto que oyó las últimas expresiones, que por despedida le habló su Unigénito, las tuvo por un precepto. Por otra parte, sin perjuicio de la singular prerogativa de San Juan, este hijo, este solo discípulo representaba, segun el comun consentimiento de todos los Santos Padres, á la Iglesia naciente, á todo el cuerpo futuro de los fieles. Así es, que la obsecuentísima Virgen siempre ha ejercido con ellos los oficios de Madre, á par que los verdaderos discípulos de Jesús la han amado siempre con el afecto de un hijo.

¡Y Quién fué, pregunto yo, el que infundió en María y en la Iglesia estos piadosos sentimientos de ternura y de amor! ¡Oh bondad infinita del Señor! ¡Oh admirable dignacion del Excelso! ¡Oh felicidad incomparable! ¡Qué desemejante es esta Soberana Madre, ó por mejor decir, qué contraria á todas las demas madres! Ella concibió corporalmente al Hijo natural de Dios por obra del Espíritu Santo, y lo dió á luz en el portal ruinoso de Belen, sin dolor y sin lesion de su virginidad; éstas conciben como Eva á sus hijos carnales, de un modo comun, y los paren con dolor. Ella, entre los dolores del Calvario engendró espiritualmente al hijo adoptivo, y lo produce á la vez en santidad y justicia, por la sola virtud del Altísimo;

éstas adoptan á los hijos ajenos en medio de las comodidades, del sosiego y del regocijo, y muchas veces los desprecian y abandonan. ¡Mas, adónde voy! ¡Ah! He llegado á tocar en general por todo lo expuesto, segun me parece, este asunto: "Si fué mútua la donacion hecha por el Testador agonizante en la Cruz, debia tambien ser mútua la correspondencia de confianza y de caridad en los mismos donatarios." ¡Virgen Dolorosa! bien podemos decir que Vois sois nuestra Madre y nosotros vuestros hijos. En tal supuesto, y por vuestra poderosa intercesion, solicito en este instante un rayo de luz del Divino Espíritu, para continuar vuestra alabanza y tributar en alguna manera gloria á Dios. **A**ve María.

"He ahí á tu hijo. . . he ahí á tu Madre."
S. Juan, cap. y vers. citados.

"Jesucristo, segun afirma el Apóstol, es la Cabeza de la Iglesia de quien todos somos miembros." Tambien María puede llamarse, con verdad, como el corazon de este compuesto prodigioso. Pues bien, así como del corazon se derrama y circula la sangre por la cabeza y por todo el cuerpo humano, en un continuo movimiento, así tambien la Sangre Purísima de María circula en las venas de su Unigénito, porque de ella fué formado en su casto vientre, y no es sino una sola en ambos: por lo que respecta á todos los miembros de este cuerpo místico, que son los fieles, corre en ellos esta propia Sangre, ó materialmente por la recepcion de la Eucaristía, ó espiritualmente por la virtud y eficacia de la redencion. Si Jesucristo,

pues, dijo á María: "Hé ahí á tu hijo," y al discípulo: "hé ahí á tu Madre," designó consiguientemente la reciprocidad de afectos y comunicaciones. A María le dió el corazon de Madre para con la Iglesia, y á la Iglesia el corazon de un hijo para con María. No necesito mas para deducir estos dos breves puntos: Primero: Los oficios de la filiacion de la Iglesia hácia María; Segundo: Los oficios de la maternidad de María hácia la Iglesia. Quiero seguir en todo el mismo órden de partes de la tercera palabra que pronunció Jesucristo en la Cruz: prestadme vuestra atencion.

PRIMERA PARTE

Por derecho natural y divino, están obligados los hijos á prestar á sus padres los buenos oficios de obediencia, amor y respeto. Jesucristo, el Hijo único de Dios, la sabiduría eterna, el Salvador de los hombres, se sujetó á obedecer á un hombre y á una mujer; á María, digo, su Madre natural, y al Señor San José, su padre putativo. De su vida escondida que duró desde la edad de doce años hasta la de treinta, solo sabemos que los amaba, los respetaba y los honraba. *Et erat subditus illis.* ¡Qué ejemplo! ¡Qué modelo! Y como el vínculo de hijo lo trasladó á San Juan, y en su persona á toda la Iglesia, aquel predilecto discípulo amó á María y la alimentó despues de la muerte de Jesus, por todo el resto de su carrera mortal. No es mi intento hacer hoy el panegrico de la águi-

la de los Evangelistas, sino mostrar á la Santa Iglesia en todas sus siete edades, como verdadera hija de María. Voy á comenzar.

Después de que Jesucristo selló con su Sangre en el árbol de la Cruz la alianza con su Iglesia, habla de él en la primera edad esta su Santa Esposa, exclamando con la primera palabra alegórica y profética del Libro del Cántico de los Cánticos: “; Dígnese darme un ósculo con su boca!” El Esposo se había ausentado de la tierra por su Ascension á los cielos, pero la Iglesia estaba siempre abrasada del deseo de su venida para unirse con él eternamente. “Soy negra, dice, pero hermosa . . . soy negra, porque el sol me ha quemado con el ardor de sus rayos.” ; Oh! estaba de algun modo ennegrecida en los tres primeros siglos de carnicería y de sangre por los ardores del fuego de las tribulaciones; pero entonces no era menos bella, hermosa y amada de su Esposo. ; Y no fueron los generosos mártires y justos de este tiempo las primicias del holocausto del Calvario! ; No fueron tambien los sobresalientes y distinguidos afectos de ternura y gratitud con que complació la Iglesia á María! ; Ah! Tantos laureles, tantas palmas, tantos perfumes en olor de suavidad, pertenecian en gran manera á la Madre de Dios y de los hombres. Las victorias de Jesucristo son proporcionalmente las victorias de María. Ella habia instruido á los Apóstoles, dirigido la pluma de los Evangelistas y educado á los fieles en su misma persona mientras vivió sobre el haz de la tierra.

En la segunda edad continúa hablando la Esposa: “Yo descanso bajo de la sombra del que tanto habia deseado.” Gozó de libertad y de paz la Iglesia des-

pues de las persecuciones de los tres primeros siglos con la proteccion que Jesucristo le proporcionó en el poder de los príncipes cristianos. Entonces se dejó ver como un verjel cubierto de flores, que esparcian por todas partes el buen olor de las virtudes. Los desiertos convidaban en las personas de los solitarios con las hermosas rosas de mortificacion y penitencia: las ciudades y campos admiraban en la muchedumbre de los fieles con las vides de justicia y santidad; con las azucenas, nardos, jazmines y claveles de caridad, pureza, modestia é inocencia. Se presentaron, sin embargo, nuevas herejías, mas peligrosas que las de la primera edad, y por quienes el Esposo llama la atencion de sus amigos, ó de los pastores. “Cazadnos, dice, las pequeñas zorras que destruyen las viñas, porque nuestra viña está en flor.” Al efecto, el Santo Concilio de Nicea condenó á Arrio y á todos sus prosélitos y estableció un símbolo de fé. Algunos años después apareció en el cielo y en la mitad del dia una Cruz luminosa sobre Jerusalem, y duró muchas horas, como refiere San Cirilo, obispo de la misma ciudad. En fin, el santo Concilio de Efeso anatematizó á otros herejes y tributó las alabanzas debidas á la Madre de Dios. Toda el Asia y todo el mundo cristiano se dieron prisa á venerarla con nuevo fervor y celo.

“He buscado en mi lecho por la noche al amado de mi alma, afirma la Esposa en la tercera edad, le he buscado y no le he encontrado.” Parecia que en los tiempos borrascosos de las diversas irrupciones de los bárbaros se ocultaba Jesucristo de la Iglesia, aunque siempre está unido con ella; le buscaba, y pare-

cia que no le hallaba. En fin, le halló, cuando le dispensó su protección visible, convirtiendo aquellos mismos bárbaros en hijos suyos por el espíritu de la fe. Por eso las hijas de Jerusalem ó las almas santas, deslumbradas con este nuevo brillo se preguntan: "¿Quién es la que se levanta del desierto como una columna de humo que sube de los perfumes de mirra, incienso y toda clase de polvos de olor?" Mas ¿queréis saber ahora ¡oh cristianos! cómo fueron éstos gloriosos sucesos acciones de gracias de la Iglesia para con María! ¡Ah! Ya se había aparecido esta Soberana Reina en Roma y hecho el singular prodigio de las Nieves en tiempo de la segunda edad, ó hácia la mitad del siglo cuarto del cristianismo. Pero en la tercera edad y en el año 437, el piadoso Pontífice Sixto III compuso su misma Iglesia de Santa María la mayor, y la adornó con exquisito gusto. Desde esta fecha se aumentó la devoción á la Madre de nuestro Divino Redentor y se abrió una nueva era á su culto y veneración.

En la cuarta edad dirige la palabra el Esposo á la Esposa y la alaba de este modo: "Tus dos mamilas son como los hijos gemelos de la corza que pacen entre las azucenas." En aquellos años felices la Iglesia griega y la latina eran como las dos mamilas de la Esposa que distribuía la leche deliciosa de la fé y de la sana moral á los hijos de Dios: Eran como dos gemelos cuya madre es la nacion judía, por haber sido engendradas ambas á dos en Jesucristo por los Apóstoles. Aun conservaban los vínculos de la unidad cuando se levantó el imperio anticristiano de Mahoma, que tantos daños ha irrogado á la Iglesia. Despues de que

se separaron las dos Iglesias, clama el Esposo: "Me has herido mi corazón, hermana mia, esposa mia, con uno de tus ojos." ¡Ay! Ya no se siente tocado mas que de un ojo, porque el otro se obscurece y se cierra por el cisma de los griegos. ¡Y qué remedio habrá para contener tantos males! ¡Ah! muchos concilios generales y provinciales se reunen para refrenar la herejía, el cisma y el error, y para reprimir los abusos: muchas órdenes religiosas comienzan á fundarse, que edificaron á la Iglesia con sus virtudes. Por este periodo comenzó en el Oriente la nueva religion de Carmelitas, que se extendió despues á Francia é Inglaterra: los reyes, los grandes y toda clase de personas querian llevar consigo el Santo Escapulario, y se aumentaba de dia en dia la devoción á María Santísima del Cármen. Asimismo empezó en el Occidente la admirable devoción del rosario, que fué dada en una vision por la misma Virgen Señora nuestra al gran Padre Santo Domingo de Guzman. Por él se santifica el nombre de Dios y se elogian las grandezas de su Bienaventurada Madre; por él se han convertido y salvado innumerables herejes y pecadores.

En la quinta edad la Esposa duerme, pero su corazón vela. Con todo, oye la voz de su amado que la llama á la puerta y le dice: "Abreme, hermana mia, mi amada, mi paloma, mi toda pura, porque mi cabeza está cargada de rocío y mis cabellos de las gotas de agua de la noche." "Los cabellos, como observa San Agustin, representan á los fieles; la frescura del rocío es el símbolo del resfrió de la caridad, y las gotas de agua de la noche denotan los abusos y males que se propagan en los dias de obscuridad." En estos

infaustos tiempos estuvo mezclada la multitud de cristianos tibios y laxos con los verdaderos fieles, en tanto que solamente reinaba en ellos la union exterior, originada del escándalo de la pretendida reforma: los luteranos, calvinistas y jansenistas se extendieron por toda la tierra para usar la frase del Apocalipsi, como numerosas parvas de langostas salidas del pozo del abismo. Con todo esto, la Esposa se levantó para abrirle á su amado: le abrió, sí, ¡pero cuándo le abrió! ¡Ah! cuando se reunió en el cuerpo de sus pastores en el Santo Concilio de Trento, para contener el progreso del pernicioso rocío de la escarcha nocturna del error; cuando condenó á los herejes y rindió en sus decretos un homenaje público y solemne á la verdad y á las santas reglas. ¡Y qué diré del fervor, devocion y piedad de todos los verdaderos cristianos para con María! ¡quién los defendió en medio de aquellos grandes males! ¡Oh raro prodigio! ¡Oh distinguida proteccion! Se apareció esta misma Virgen María Madre de Dios á un neófito, á principios de esta quinta edad, en el montecito del Tepeyac, hácia el norte de México, y les dejó á los americanos su sagrado simulacro estampado en un ayate por manos celestiales. Su culto, con el título de nuestra Señora de Guadalupe, se reprodujo en innumerables hijos suyos que la han honrado, y aun se dilató desde el uno al otro hemisferio del orbe cristiano.

En la sexta edad ha bajado el Esposo á su jardin, y encarece de esta suerte la excelencia de su Esposa: "Eres hermosa, amada mia, eres llena de gracias y de belleza como Jerusalem, y terrible como un ejército formado en batalla." Sin embargo de las impetuosas

corrientes del rio Eufrates, esto es, de las revoluciones del Oriente y de toda la tierra, la Iglesia peleará por todas partes como un ejército en órden de batalla contra las potestades del infierno, contra todos los errores y escándalos. Jesucristo la sostiene, y bajará á su jardin en el gran dia del combate del Dios Todopoderoso. A este fin el judío y el gentil no formarán mas que un solo pueblo, y no podrá un diluvio de males, que todo lo consume, sumergirle. "Muchas aguas no han podido apagar su caridad, ni los rios la cubrirán." Mas ¡qué es esto! ¡Qué es lo que he referido! ¡Ah! nos hallamos, segun la sentencia de los Sagrados Intérpretes, en los tiempos de esta sexta edad, tiempos cercanos al juicio universal, cuyo dia y hora nos ha ocultado el Señor. Pero mientras esta edad sigue corriendo á su consumacion, fijemos la vista en estos tres sucesos principales que nos enternecen: La celebridad del Sagrado Corazon de Jesus que fué revelada á mediados del siglo XVII á una simple religiosa de la Orden de la Visitacion en Borgoña, y que principió á extenderse en Francia el año de 1722. La Iglesia autorizó este culto, concediéndole Clemente XIII oficio y misa propios, despues de varias gracias especiales que le otorgaron otros Sumos Pontífices. ¡Oh Divino Corazon, fuente de amor! Vos derramais vuestras llamas por toda la Iglesia para purificarla y santificarla: La festividad del Sagrado Corazon de María, que no tardó mucho tiempo en establecerse despues de aquella, y que comenzó tambien en Francia con una insigne archicofradía de su nombre; cuya solemnidad ha pasado á México con las reuniones semanales de tantas almas fieles, y para donde concedió el

Sr. Pio VIII oficio y misa del Patrocinio de Nuestra Señora. ¡Oh Corazon suavísimo! ¡Quién no se acogerá á vuestro amparo! Ultimamente, la declaracion del dogma de la Inmaculada Concepcion de María por nuestro sabio y digno Pontífice el Sr. Pio IX, para venerar firmemente este purísimo Corazon; tesoro de las complacencias del Padre, centro maternal de las caricias del Hijo de Dios, y tálamo nupcial y virginal en que se celebraron las bodas invisibles del Espíritu Santo.

Al fin del Cántico de los Cánticos la Esposa habla al Esposo para que huya con la velocidad del corzo y del cervatillo, y para que se retire á lo alto de las montañas de los aromas. La séptima edad de la Iglesia es la bienaventuranza, en que entregará Jesucristo su reino á Dios su Padre, y se gozará por toda la eternidad con sus escogidos. María tambien, colocada á la derecha de su Hijo Santísimo y rodeada de todos sus felices hijos adoptivos, será admirada de ellos en la celestial Jerusalem por su sabiduría, gloria y poder. No me permiten los estrechos límites de un discurso analizar mas estas ideas, sino solamente pasar á contemplar los oficios de nuestra Santa Madre hácia la Iglesia.

SEGUNDA PARTE

Las alabanzas que el Libro del Eclesiástico pone en boca de la divina Sabiduría, las ha aplicado la Iglesia, fiel intérprete de la verdad, á la Santísima Virgen por su dignidad casi infinita de Madre de Dios. "Yo

soy, dice, la Madre del puro amor, del temor, de la ciencia y de la santa esperanza." ¡Inefables virtudes! ¡Asombrosas prendas que connotan privilegios singulares, sobreabundantes gracias, gloriosas recompensas. Asimismo estos opulentísimos bienes los reparte á manos llenas, pero sin consumirse, esta generosa Reina de los cielos y de la tierra, y los emplea como Madre en favor de los fieles. Aquella excelencia de su santa maternidad del Verbo Humanado es causa de ésta, y la una depende de la otra. Amplificando, pues, estas grandezas, nos formaremos, cuanto cabe en la cordedad de nuestro entendimiento, alguna idea de su solitud, de sus cuidados y de su ternura maternal.

Ego Mater pulchrae dilectionis: María es la Madre del amor hermoso, porque es Madre de Jesucristo el mas hermoso de los hijos de los hombres. Ademas de esto, los Hijos Serafines hubieran podido aprender de ella cómo se debe amar á Dios. Pero desde que mereció concebir al Hijo del Eterno Padre, se hizo nuestra Madre espiritual, como dice el beato Alberto Magno. Con mayor distincion lo fué, segun advierte San Bernardino de Sena, en el instante que prestó su consentimiento á la benignísima é inefable obra de la Encarnacion del Verbo. Sin embargo, todo esto acontecia en lo interior de su alma ó en sí misma, sin saberlo los mortales. Cuando Jesucristo Crucificado la dió por Madre al Evangelista San Juan, la dió tambien á conocer de los hombres. Así es, que comenzando en el Calvario los oficios públicos de nuestra amorosísima Madre, entregaba su Unigénito á la muerte como el Padre por la salud del mundo.

Y no contenta con esto, "así como Cristo pendía moribundo en la Cruz, según la comparación de San Ambrosio, así también María se ofrecía á sí misma á los verdugos, para dar la vida por nosotros." Después de la muerte de Jesucristo, del descendimiento de su Santísimo Cuerpo de la Cruz, y de su sagrada sepultura, San Juan condujo consigo la Santa Virgen; y en cualquiera parte que él hubiera estado posteriormente, la Bienaventurada Virgen habitó siempre con él como su Madre.

Siguiéndola ahora hasta el Cenáculo, antes de la venida del Espíritu Santo su Divino Esposo, la hallaremos como Madre de amor, rodeada de sus hijos los Apóstoles, las mujeres, y los parientes del Salvador, y ocupada unánimemente con todos ellos en la oración. ¡Famoso pasaje del Libro de las Actas de los Apóstoles, que muestra lo que era sobre la tierra, y anuncia lo que había de continuar haciendo con sus ruegos, ya gloriosa en los cielos! Ella era como el alma de aquella piadosa sociedad, como el corazón de aquel cuerpo místico, que nacía entre los horrores y amarguras del Calvario. No es ya solo San Juan el objeto de su ardiente caridad, lo es toda la Iglesia redimida con la Sangre del Cordero. Su tierno amor como de Madre, es necesario, es vivo y profundo; es hermoso, puro y sin mezcla de rigor, haciendo á las almas hermosas y agradables á Dios. Propiamente es Madre de la raza santa, sobre quien difunde las inestimables influencias de la gracia. No obstante, extiende también su solicitud maternal á los desgraciados pecadores: los busca, los oye, los acoge y los salva.

Et timoris. El temor, como prueba el Ángelico

Doctor, mas bien es un don que una virtud. Consiste en la fuga del mal por causa de abrazar el bien. El Eclesiástico, después de haber dicho, "que el que teme á Dios se eleva sobre todo," exclama: "Feliz el hombre que ha recibido el don del temor de Dios!" Este mismo temor, pero el filial y no el servil ni el puramente humano, es el séptimo de los dones del Espíritu Santo, con que se deleitan los justos en gemir por los pecados. ¡Cómo, pues, llamaremos á María Madre del temor, si nunca pecó! ¡Ah! porque sin embargo de ser inocentísima, siempre estuvo solícita y atenta á huir el mal y obrar el bien. Con razón es proclamada Madre del temor, y no hija del temor. Cuando el Arcángel San Gabriel la saludó diciéndola: "Dios te salve, llena de gracia;" María temió "cuál fuera esta salutación." De esta conducta se encanta San Anselmo, al expresarse así: "Aprende de la Virgen en las costumbres, aprende de la Virgen en el pudor, aprende en el oráculo, aprende en el misterio. Propio es de las Vírgenes temblar y temer á todas las entradas del varón, y recelar de todas sus conversaciones. Aprendan las mujeres á imitar el blanco de la modestia." Aprendamos todos en este hecho sublime de María, cómo debe conservarse el santo temor de Dios. Aprendamos de esta casta paloma "el temor casto con que teme el hombre, como dice San Juan, la separación de Dios."

Et agnitionis. Aquí se deja ver María con el título asombroso é inexplicable de Madre de todo conocimiento. ¡Oh qué luces! ¡qué sabiduría! ¡qué ciencia! ¡qué fe no recibió de la Divinidad en el acto mismo de su animación! Sin comprender á Jesucris-

to, fué mas sábia, mas ilustrada y mas capaz de Dios en toda clase de conocimientos naturales y sobrenaturales, que todos los Angeles y los hombres, y que todas las criaturas juntas. "El Señor la poseyó en el principio de sus caminos (desde la eternidad), antes que hiciera cosa alguna." Aun cuando estaba en la mente del Altísimo, se alegraba todos los dias, jugando en su presencia en todo tiempo, y burlándose en el orbe de la tierra de todos sus siglos y mutaciones. Pero restringiéndome á la excelencia y mérito de su fe, ¿quién la igualará! ¡Ah! su eminente fe no solamente trasportaba las montañas, sino que fué bastante poderosa para hacer bajar al Hijo de Dios de su trono celeste á su seno virginal. ¡Oh misterio de misterios! ¡Oh Sacramento incomprensible! Con cuánta razon habia dicho Santa Isabel: "¡Bienaventurada eres por haber creído!" Por esta fe llegó á la mayor altura despues de Dios, é hizo participantes á los hombres de los bienes de la redencion. ¿Qué mas! el escándalo de la Cruz que hacia vacilar la fe de los Apóstoles, fortificaba la suya; en el hecho de estar constituida Madre comun de los fieles, poseia el depósito entero de la fe. Si Abraham es llamado por San Pablo padre de todos los creyentes, mayores motivos tiene María para ser nombrada Madre de todos los creyentes. Si aquel Patriarca fué el primero que creyó á la fe de las promesas, y recibió de Dios la señal de la Circuncision; María enseñó á la Iglesia cómo debe creer, y la adorna con los siete Sacramentos, símbolos sagrados de la circuncision espiritual. Por ella son robustecidos los cristianos, convertidos los herejes é iluminados en medio de sus tinieblas los infieles.

Et sanctae spei: Las tres virtudes teológicas tienen tan íntima conexion entre sí cuando son perfectas en el estado de la vida presente, que parecen una sola; el que está dotado de una, no puede dejar de tener las otras. Mas la esperanza es un deseo ó un conato de alcanzar el sumo bien por los medios y objetos proporcionados, buscándole con el conocimiento y amor divino. Ahora bien, si pudiéramos comprender la fe infusa é inteligencia de la digna Madre de Dios, si pudiéramos pesar el exceso de su amor, nos formaríamos el debido concepto de su eminente esperanza. Pero, ¡ah! que no somos suficientes: El que la hizo Madre de Cristo la dió fe suprema, suma esperanza, excelentísima caridad. De aquí es, que el Espfritu Santo la hizo tambien Madre de la esperanza para con los fieles de la Iglesia: Madre de la esperanza, por cuanto concibió y parió al Verbo Humanado, y en él todas nuestras esperanzas. Ya nos alienta á un vehemente deseo de conseguir la bienaventuranza, contando con nuestra cooperacion: ya nos suministra los auxilios convenientes, y para que confiemos en ella, clama: "En mí está toda la esperanza de la vida y de la virtud."

Pondré fin á todo este discurso repitiendo los mutuos afectos y relaciones que importan la union indisoluble de la Santísima Virgen y de la Iglesia. La Esposa del Cordero que recibió del mismo Dios el precepto de honrar á la madre en todos los dias de su vida, y que por la manda del Calvario se le confirmó en la feliz adopcion de la Madre de Dios, lo cumplirá con inexplicable celo y adhesion filial hasta la consumacion de los siglos. La Madre de gracia y

de misericordia favorecerá continuamente á sus verdaderos hijos, y aun á los pecadores que de corazon la invoquen, como la gallina cubre con sus alas sus delicados y débiles polluelos. Les infundirá y aumentará las virtudes, y los enriquecerá con los dones y gracias del Espíritu Santo: *Ecce filius tuus. . . ecce mater tua.*

Pero así como no puede haber verdadera Iglesia sin el culto sincero á María, así tambien no puede haber verdadero discípulo de Jesucristo, que no sea hijo reconocido á María. "No solamente San Juan, que era el discípulo á quien amaba Jesus, es hijo de María, sino todo cristiano, todo fiel, todo miembro de la Iglesia," segun dice San Amadeo. Por eso cada uno de los fieles debe servirla con los obsequios y atenciones correspondientes de hijo; debe obedecerla con esmero y puntualidad; debe ejecutar sus mandatos con prontitud y fidelidad; debe agradecerla con la pureza, humildad, caridad y todas las virtudes. Nuestra fidelísima Tutora nos proporcionará por su parte todos los encantos y dulzuras de una Madre que tiernamente nos ama. Esfuércese, pues, cada cual, como que es un hijo adoptivo de tan piadosa Madre á imitarla é imprimir en su espíritu su augusta semejanza. Elévele fervorosamente sus súplicas y dígame con la fe y entera confianza de la Iglesia: "Ruega por nosotros Santa Madre de Dios, para que seamos dignos de alcanzar las promesas y gracias de nuestro Señor Jesucristo." Así SEA.

SERMON

SOBRE LA

CUARTA PALABRA QUE PRONUNCIÓ JESUCRISTO

EN LA CRUZ

Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me!

"Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has abandonado!"

S. MATEO, CAP. XXVII, v. 46.

Y cerca de la hora nona, es decir, á las tres, despues de medio dia, exclamó Jesus con una gran voz, segun el lenguaje del pais: "*Eli, Eli, ¿lamna sabactani?*" esto es; "Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has abandonado!" He aquí, pues, señores, la cuarta de las siete palabras que pronunció Jesucristo pendiente en la Cruz. Por la primera ya habia pedido á Dios perdon para sus verdugos, por la segunda habia prometido el paraíso al Buen Ladron, por la tercera habia confiado su Madre Santísima al cuidado de San Juan; mas por la cuarta, ¡oh profundo misterio! hablando no ya en su nombre, sino en el nuestro, anadado por nosotros como un criminal, como un pecador universal, tiembla delante de una majestad jus-

tamente indignada: lanza desde lo mas profundo del abismo un penetrante clamor como un hombre de dolores, y grita fuertemente que ha sido abandonado á todo el furor de sus enemigos; á los ultrajes, á los tormentos y á la muerte.

Por eso dice San Juan, que "estas palabras no tanto son una queja, cuanto una instruccion." El Salvador no se lamenta como para ser librado de un gran mal que se le acerca: no, se hallaba realmente sumergido en un abismo de los mas terribles tormentos, clavado en la Cruz: su desamparo era muy positivo y fué llevado muy al cabo, causando esta muerte de Cruz á su Santa Humanidad, un horror natural que la hacia estremecerse. Tampoco clama como Verbo ó como Sabiduría Eterna de Dios, ni como justo perfecto, tal cual lo era su Alma santa, sino como cabeza unida inseparablemente á todo su cuerpo místico, á quien halló en el pecado y en la condenacion. Se duele, para darnos á conocer cuánto le ha costado rescatarnos; cuánto le ha costado cumplir este órden irrevocable de la justicia de Dios, y cuánto nos debe costar tambien á nosotros cumplirlo. Alza la voz, para obtenernos la gracia de imitar su ejemplo, y para enseñarnos á satisfacer por nuestros pecados en todas las penas de la vida y en la misma muerte. *Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me?*

En fin, para redimir al hombre de la culpa, exigía el rigor de la justicia divina que permaneciese Dios inexorable, sin dejarse ablandar con los gritos de la humanidad desolada. A este objeto conducirá todo mi discurso; mas para lograrlo con acierto, ayudadme á implorar los socorros de la gracia. AVE MARIA.

Dios mio, Dios mio, ¿por que me has abandonado?
S. Marco, Cap. y vers. citados.

"¡Oh Dios, oh Dios mio, vuelve á mí tus ojos! ¿Por qué me has desamparado? (Salm. XXI, v. 1 y 2.) Ved aquí, señores, por otra parte el principio del admirable Salmo XXI, que parece mas bien una historia que una profecía de la pasion de Jesucristo. David lo compuso, y no puede dudarse que anunciaba al Salvador, el cual tambien se lo aplicó á sí mismo hallándose en la Cruz. "¿Quién no respetará tal intérprete, dice Bossuet, que bañado en sangre, clavado en la Cruz, traspasado de heridas y en medio de los mas crueles tormentos, al mismo tiempo que cumple la profecía se la aplica diciendo: "Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has desamparado?" Mas adelante continúa el mismo verso, que estoy exponiendo, de esta suerte: "Los gritos de mis pecados alejan de mí la salud." Es decir, no componiendo todo el cuerpo místico con su cabeza Jesucristo mas que como un solo todo, y como una sola persona, y un solo hombre, para valerme de las expresiones de San Agustín y de los otros Padres de la Iglesia, es como si hablase así: Mis clamores por causa de los pecados, que he tomado sobre mí, apartan de mí la salud, y ninguna cosa puede liberarme de la Cruz. Aun se infiere claramente que apareciendo Jesucristo como un pecador abandonado á sí mismo, convenia tambien que apareciese cierta especie de oposicion entre su voluntad y la de Dios; ¿Pero acaso durará para siempre su desamparo! ¡Ah! No debe ser oído en el dia de su pasion sino en la noche

del sepulcro. Así lo declara el mismo Salmo, por lo cual el citado Bossuet lo dividió en dos partes: En la primera expresa el Profeta el desamparo de Jesucristo: En la segunda invoca Jesucristo á Dios; es oído, resucita y convierte á los gentiles. Me servirá, pues, de la explicación de este Salmo, en prueba, por todo el cuerpo de mi discurso, y para mayor claridad asienta estas dos proposiciones que le son conformes: Primera: Jesucristo sufre hasta la muerte el mayor desamparo. Segunda: La Iglesia recoge un fruto copiosísimo de la muerte de Jesucristo.

PRIMERA PARTE

En tan deplorable situación, como era la de la Cruz, dirige Jesucristo su oración á un Dios airado, implorando su auxilio de esta suerte: "Clamaré (v. 3) ¡oh Dios mío! durante el día, y no me oirás; clamaré de noche, y no se me atribuirá á necesidad." Aquí se nota la división de que va á ocuparse todo el Salmo. Parece que ni aun se atreve á llamarle de Padre como antes: "Padre, sé que tú siempre me oyes." ¡Ah! un Dios ofendido no quiere oírle, y solo le llama su Dios: "Eli, Eli, Dios mío, Dios mío." "Porque tú habitas en el santo (v. 4), eres la alabanza de Israel." Puede interpretarse: Eres el Santo que moras en medio de tu pueblo y el objeto perpetuo de sus alabanzas. "En tí esperaron nuestros padres (v. 5); esperaron, y tú los libertaste." Viene á ser lo mismo que esto: A tí ocurrieron nuestros padres, y no ocurrieron inútilmen-

te. "A tí clamaron, y fueron puestos en salvo (v. 6). Esperaron en tí, y no quedaron confundidos." Es decir, todas las oraciones llegan á tí desde las extremidades de la tierra y desde los mares remotos; yo soy el único á quien no quieres escuchar. Adelante notaréis, cristianos, explicado esto del modo más patético.

En efecto, oíd con qué sentidas palabras prosigue hablando: "Bien que yo soy un gusano, y no un hombre (v. 7); el oprobio de los hombres y el desecho de la plebe." ¡Ah! nosotros somos las viles criaturas y el gusano de la tierra, porque la distancia entre Dios y nosotros es infinita. "Todos los que me veían se burlaban de mí (v. 8); hablaban y meneaban la cabeza." ¡Qué burlas, qué risadas y qué blasfemias están predichas con sus propios términos en estas pocas frases! Los Evangelistas refieren que los que pasaban delante de su Cruz, le blasfemaban y meneaban la cabeza gritándole: "Tú que destruyes el templo de Dios y en tres días lo reedificas, ¿por qué no te salvas á tí mismo? Si eres el Hijo de Dios, baja ahora de la Cruz." Mas lo esencial de los vituperios que pone David compendiosamente en boca de los enemigos de Jesucristo, consiste en esto: "En el Señor esperaba, que le liberte (v. 9); sálvele si le ama tanto." Consta claramente del Evangelio, que los Príncipes de los Sacerdotes con los Escribas y Ancianos, le blasfemaban diciendo: "A otros ha salvado, y no puede salvarse á sí mismo. Si es Rey de Israel, descienda ahora de la Cruz y creeremos en él. Confió en Dios, libbrele ahora si le ama, puesto que dijo: Soy Hijo de Dios." Y aun los ladrones que fueron crucificados juntamente

et con él, ó por lo menos uno de ellos, le blasfemaba diciéndole: "Si tú eres el Cristo, sálvate á tí mismo y á nosotros."

En seguida, redobla Jesucristo su penosa oración á Dios, suplicándole bajo de esta forma: "Porque tú eres quien me sacaste del seno materno (v. 10), mi esperanza desde que mi madre me criaba á sus pechos." Aquí, pues, están comprendidos los inefables milagros del nacimiento y de la infancia del Salvador: aquí están encerrados como obra singular de la Omnipotencia del Señor, el maravilloso parto de una Virgen, la aparición de los Angeles, la adoracion de los pastores y de los Magos, y la larga fuga y mancion en Egipto. "Al salir de sus entrañas me arrojé en tus brazos (v. 11); tú has sido mi Dios desde el vientre de mi madre." ¡Oh, y cómo se deja traslucir en este pasaje la Concepcion del Verbo por virtud del Espíritu Santo, y toda la vida perfectísima de un Hombre Dios! "No te apartes de mí, porque se acerca la tribulacion (v. 12), y no hay quien me socorra." O admíte tambien entenderse esta letra así: Me hallo en medio del peligro, no te alejes, pues, de mí, antes bien, está presente conmigo.

"Muchos becerros me han rodeado (v. 13): cerca do me tienen toros muy recios." Aquí están indicadas por una parte las burlas insultantes y atrevidas con que le mofaban unos, y por otra parte las furiosas y feroces contumelias con que le injuriaban otros. "Han abierto su boca para devorarme (v. 14), como un leon rapante y rugiente." El Profeta compara estos blasfemadores á los toros inelómicos, á los leones rugientes: entre tanto Jesus no dice una palabra, no sale de

su boca una queja. Más humillado está aún su espíritu delante de Dios su Padre, y su corazon está mas despedazado de lo que lo está su cuerpo, y su honor ultrajado.

"Me he deslizado como agua (v. 15); todos mis huesos se han desencajado; mi corazon está como una cera, derritiéndose dentro de mis entrañas." ¡No nos muestra en este punto el sagrado texto á un hombre cuyas carnes se han deshecho por las heridas, y cuya sangre ha corrido por el suelo como la de las víctimas? ¡Cuyos huesos están desencajados, y que subsiste como un moribundo que apenas conserva un soplo de vida...! Pero veamos para edificarnos sobremanera, el fin del verso. No es ya aquel que ardiendo en el deseo de sumergirse en un bautismo de sangre, decia: "Yo debo ser bautizado con un bautismo, y ¡cómo me angustio hasta que se cumpla!" ¡Ah! aunque la parte superior está pronta á obedecer las órdenes del cielo, toda la parte sensitiva está entregada á la desolacion y á la tristeza, y le hace decir: No tengo valor, ni fuerza, ni resolucion. "Todo mi verdor se ha secado como barro cocido (v. 16), mi lengua se ha pegado al paladar, y me has conducido hasta el polvo del sepulcro." ¡Oh Santo Dios! el que caminando poco antes para el Calvario con la Cruz á cuestras, habia dicho á unas piadosas mujeres, que él era el leño verde, ó el árbol verde; árbol cargado de flores y de frutos, se ha marchitado ya en cuanto á la carne, ha perdido su vigor: su sed tambien debia ser extrema, despues de haber derramado tanta sangre, y por lo mismo, era natural que tuviese la lengua pegada al paladar: nada le faltaba para que

su cuerpo exánime descansase tres días y tres noches en las entrañas de la tierra, así como Jonás estuvo tres días y tres noches en el vientre de la ballena.

“Porque me veo cercado de una multitud de perros; (v. 17) me tiene sitiado una turba de malignos.” Ni solo le insultan en torno de su Cruz los Sacerdotes, los Escribas, los Fariseos, los Senadores y el pueblo, sino también los pasajeros y los soldados de de guardia, el furor es general. “Han taladrado mis manos y mis piés; (v. 18) han contado todos mis huesos.” El verso de que acabo de hablar, es uno de los pasajes mas expresos sobre la pasión y muerte de Jesucristo: los cristianos siempre lo han aplicado naturalmente á Jesucristo crucificado, de este modo lo ha entendido toda la antigüedad, y aun la relacion de los Evangelistas no permite buscar otro sentido. Era preciso también, que por la desnudez y por aquella violenta tensión con que los miembros suspendidos pesaban sobre sus heridas, se desencajaran por su propio peso, y se contaran todos sus huesos.

“Se han complacido en mirarme y considerarme; han repartido entre sí mis vestidos (v. 19), y sorteado mi túnica.” En este rasgo es imposible desconocer, que los judíos se complacían del estado á que su crueldad habia reducido á Jesucristo, y que consideraban atentamente su ignominiosa desnudez. Segun refiere San Juan, cuatro soldados se repartieron sus vestidos; mas como la túnica era sin costura, toda de una pieza de arriba á abajo, la sortearon para ver de quién era. Entonces, pues, se cumplió, como dicen los Evangelistas San Mateo y San Juan, la Escritura de este Salmo: “Se dividieron entre sí mis

vestidos, y sobre mi túnica echaron suertes.” ¡Hubo jamas profecía cumplida mas literalmente? ¡Hubo jamas mayor desamparo que el que prueban todos estos anuncios? ¡Ah! Mas supuesto que los Santos Padres han mirado siempre la túnica de Jesucristo como la figura de la Iglesia; supuesto que los otros vestidos de Jesucristo divididos entre los soldados, indican la extension de la Iglesia, pero su túnica indica su unidad, voy á tratar de los bienes de esta Santa Esposa del Cordero Sacrificado.

SEGUNDA PARTE

“Mas tú, Señor, dice en el verso veinte, no alejes de mí tu auxilio (v. 20); atiende luego á mi defensa.” Desde aquí comienza la segunda parte del Salmo y la segunda oracion, en cuyas primeras palabras insinúa David la Resurreccion de Jesucristo. Ellas no pueden tener otro objeto, porque ¿de qué podia servirle apresurar tanto el auxilio de Dios, despues de haberse representado con las manos y los piés horadados, sus huesos dislocados, y sus vestidos divididos? ¡Despues de haber padecido el último suplicio, qué otra cosa podia pedir á Dios mas, que resucitar y ser glorificado! Así es que solo le convenia sacarle del sepulcro, y defender su gloria de los ultrajes de los judíos.

En los siguientes versos aparecen otros fundamentos que confirman esta misma verdad. “Libra, dice,

oh Dios, mi alma de la espada (v. 21); del poder del can mi única." Si ya había sido pasado por el filo de la espada, lo que en el estilo de la Escritura significa una muerte violenta; ¿cómo podía ser libertado de la espada, sino resucitando! ¿Cómo podía ser libertado de la mano del perro, ó del furor de sus enemigos, si el perro lo ha devorado! "Sálvame de la boca del leon (v. 22), y mi humildad de las astas de los unicornios." Comprueba, pues, lo que acaba de decir. ¿Cómo podía sacársele de la boca del león y de las astas del furioso unicornio, despues de que el leon le ha tragado y el unicornio le ha destrozado, esto es, despues de que sus verdugos le quitaron la vida! "Haré conocer tu nombre á mis hermanos (v. 23); te alabaré en medio de la Iglesia." Considerando estas palabras solas ó aisladas, nada tienen de extraordinario; mas unidas al resto del discurso desenvuelven todo el misterio. El mismo que fué abandonado hasta la muerte de Cruz, es por cierto quien pide glorificar nuevamente á Dios entre sus hermanos. De consiguiente, su Resurreccion no está expresada con menos claridad que su muerte.

Y como la Resurreccion de Jesucristo nos asegura de nuestra reconciliacion con Dios, y de nuestra justificacion, es principalmente el modelo de la resurreccion de nuestras almas á la gracia, y aun de la resurreccion de nuestros cuerpos con los dotes de gloria, si morimos en ella. Por eso veremos seguirse claramente en la profecía la fundacion de la Iglesia, su extension y su unidad, su piedad y santidad, su firmeza y perpetuidad. "Oh vosotros, dice, que temeis al Señor, alabadle (v. 24); glorificadle vosotros,

descendientes todos de Jacob; témale todo el linaje de Israel." Debía haber un verdadero Israel, segun las promesas, una ciudad fija donde el judío y el gentil recurriesen para instruirse y asegurarse de la verdad. Jerusalem, pues, ha sido la cuna de la Iglesia, allí, por decirlo así, nació esta casta Esposa, y se ha formado: allí ha crecido, hasta que viniendo á ser adulta, colocó su primera silla en la capital del mundo, en medio del gentilismo, para que Roma fuese despues su centro. "Porque no ha despreciado ni ha desatendido la humilde súplica del pobre (v. 25), ni ha apartado de mí su rostro, sino que me ha oído cuando he clamado á él." Todo esto demuestra que fué escuchado para volver á la vida y salvar tambien á sus hermanos.

"Tú serás el objeto de mis alabanzas en una grande congregacion (v. 26); cumpliré los votos que he hecho en presencia de los que le temen." Aquí se deja ver todo el cuerpo místico que es la Iglesia, unido á su cabeza Jesucristo: se distingue tan grande en sí misma, como que es la descendencia de Abraham mas numerosa que las arenas del mar y; que las estrellas del cielo: Tributa á Dios por medio de Jesucristo y por el bien de la redencion, sus alabanzas, su alegría, su admiracion, su reconocimiento; participa al mismo tiempo de la herencia en los consuelos, las promesas, las esperanzas y sólidos bienes.

"Los pobres comerán, y quedarán saciados (v. 27); y los que buscan al Señor le alabarán; sus corazones vivirán por los siglos de los siglos." Los pobres de espíritu, ó sean tambien los pobres que verdaderamente carecen de riquezas, comen la carne de la víc-

tima ofrecida en sacrificio, esto es, el Cuerpo y Sangre de Jesucristo en la Sagrada Eucaristía: quedarán saciados bajo el supuesto de que la reciban con santa disposición. Los que buscan al Señor y se ponen bajo de su amparo, no pueden ser abandonados, sino que lo alabarán en union de Jesucristo. Además, el fruto de una buena comunión permanecerá aun despues del extremo pasaje, y por eso sus corazones, llenos de alegría y de reconocimiento, vivirán eternamente. "Toda la extension de la tierra se acordará y se convertirá al Señor (v. 28); y todos los diferentes pueblos de las naciones se postrarán adorándole en su presencia." La Iglesia cristiana que en su mayoría se ha formado de la conversion de los gentiles, no es la Iglesia de una nacion ó de un pueblo, sino la Iglesia de todos los pueblos y de todas las naciones, y justamente en este sentido se llama católica. Se dilata hácia las cuatro partes del mundo como un jardin de delicias, todas espirituales, y semejante al paraíso terrenal de donde salía un río que se dividía en cuatro canales. "Porque el reino es del Señor (v. 29); y él ha de reinar sobre las naciones." Estas palabras aluden á aquellas otras del Apocalipsi. "Así fué precipitado á la tierra y sus ángeles con él, aquel enorme dragon, (aquella serpiente antigua que se llama Diablo y Satanás,) y que seduce al universo entero." Es, pues, el triunfo de la Religion Cristiana y la ruina del paganismo.

"Todos los ricos de la tierra comieron y adoraron (v. 30); todos los que descienden á la tierra caerán en su presencia." ¡Qué suerte tan feliz es la union de los fieles á la misma mesa! Todos los ricos de la

tierra así como los pobres, nobles y plebellos, sabios é ignorantes, comen de la víctima sagrada, y adoran en ella al Señor. No hay duda que el Augusto Sacramento del Altar, es el vínculo de la unidad de la Iglesia. Todos los hombres caerán despues de su muerte en su presencia, esto es, unos para adorarle eternamente en el cielo, y otros para sujetársele en un suplicio eterno.

"Y mi alma vivirá para él (v. 31); y mi descendencia le servirá." Jesucristo resucitando de entre los muertos, ya no muere; antes bien subió á los cielos, y está sentado en gloria y majestad á la derecha de su Eterno Padre. La Iglesia, aunque está dividida en tres estados diferentes, en todos ellos sirve al Señor. Los santos que ya están confirmados en la justicia, alaban de continuo en la gloria á Dios: las almas que están en el purgatorio, libres de la culpa y embellecidas con la gracia, expían, sin embargo, la pena temporal debida á sus pecados: aquí sobre la tierra es donde hay miembros vivos, muertos, débiles, enfermizos, y que pasan de la muerte á la vida, ó al contrario. "La posteridad venidera será declarada al Señor (v. 32); y los cielos anunciarán su justicia al pueblo que ha de nacer, que ha sido hecho por el Señor." Este es el fin del Salmo, cuyas últimas palabras nos enseñan la perpetuidad de la fé y de la religion cristiana. Puntualmente para cumplir este vaticinio, dijo Jesucristo á sus Apóstoles: "Yo estoy con vosotros hasta la consumacion de los siglos." Mas los cielos anunciarán su justicia al pueblo que ha de nacer ó renacer; porque oirán la voz del Divino Pastor las ovejas que han sido formadas por su gracia y santificadas por su espíritu.

Concluiré con aquellas expresiones del Profeta Isaías, que iba leyendo en el camino el Eunuco de Candace, reina de los Etiopes, cuando se le presentó el diácono San Felipe de órden de Dios: "Como una oveja fué llevado al matadero; y como un cordero que está sin balar delante del que lo trasquila; así él no abrió sus labios. El juicio que contra él se pronunció en los días de su humildad, se borró. ¡Quién podrá contar su generacion despues que su vida sea quitada de la tierra!" Una muerte tan ignominiosa y tan dolorosa, solamente podia satisfacer al amor infinito con que Jesucristo amaba á su Eterno Padre, y al deseo ardiente que tenia de rescatarnos. Esta sola muerte reúne en sí todos los derechos de la justicia irritada, con todos los favores de la divina misericordia: *Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me?*

Es la cuarta vez que he subido aquí para dirigir mi voz desde lo alto de esta Sagrada Cátedra, en la solemne festividad del Divino Redentor. Siempre me he propuesto la gloria de Jesucristo Crucificado, el culto de la portentosa imágen suya, que se venera en esta iglesia de Tlacolula; y ahora, además, por un nuevo motivo, vine á dar una muestra de mi aprecio al párroco de esta feligresía.* Por tanto, si teneis ¡oh cristianos! la mayor felicidad en haber nacido y vivir en el seno de la Iglesia Católica, ¡con qué amor, con qué ternu-

* Este discurso, no menos que el segundo, tercero y cuarto de este mismo tomo, fueron pronunciados por diversos años en la iglesia de la Parroquia de Tlacolula, donde se venera una imágen milagrosa de Jesucristo crucificado; á cuyo culto concedió el Romano Pontífice Nuestro Santísimo Padre el Sr. Gregorio XVI, para la fiesta que se celebra, con gran concurso de fieles, en el domingo, día de la octava del Santísimo Rosario, indulgencia plenaria, oficio y misa, propios del Divino Redentor.

ra, con qué reconocimiento deberéis corresponder al afecto del Divino Redentor! El cumplió la obra de nuestra redencion, bebió hasta la hez el cáliz de su pasion. Jesus todo entero es nuestro; en el pesebre se ha hecho nuestro modelo, sobre la Cruz nuestro precio, sobre el altar nuestra víctima; en la sagrada mesa nuestro alimento y en el cielo nuestra recompensa. Reconoced la necesidad en que estamos de tomar nuestra cruz y de seguirle. Las cruces de nuestra eleccion son buenas, mas las cruces de penas y trabajos que Dios nos envia son mejores, porque nos convidan á penitencia. Jesus es el Santo de los santos, cuyas acciones todas son virtudes y actos de la mas perfecta caridad. Nosotros somos pecadores, que á nuestra natural corrupcion hemos añadido mil hábitos viciosos. Clamad, pues, al Padre de las misericordias, ofreciéndole la Sangre de su Unigénito, derramada por nosotros. Sufrid con paciencia todos los males de esta vida, para que se cumpla en nosotros, como dice San Pablo, lo que falta que padecer á Jesucristo en sus miembros. Sobre todo, pedidle con humildad y con instancias la gracia, que es el fruto precioso de la muerte de Cristo, para lograr el fin de la redencion, que es la gloria celestial.

ASÍ SEA.